

Pocilga de circo

La Publicidad 5-121

4 nov. 1917

Amigo de nuestro más entero crédito nos ha contado de un joven rey, de uno que nació rey, que en sus melancólicas mocedades solía entretenerse en una casa de campo cercana a su Palacio en adiestrar gorrinos haciéndolos saltar por un aro. Una vez uno de estos gorrinos, según nos contó nuestro amigo, al ir a saltar el aro dió con la jeta en la cara del joven rey y domesticador de cerdos y parece ser que contando éste el suceso a sus cortesanos les decía: "Si yo fuese supersticioso y creyera en la metempsicosis habría supuesto si sería el alma de alguno de mis antepasados que encarnada en aquel marranito venía a saludarme." Y parece ser que mientras los otros cortesanos que lo oían refanse de esta agudeza, uno de ellos sonreía apretando la boca porque tenía en la punta de la lengua esta observación: "Sí, Señor, ¡el alma de su bisabuelo!"

Extraña preparación para regir un reino esa de dedicarse a adiestrar a tiernos marranos a que salten el aro! Extraña preparación para hacer luego que sus servidores, los cortesanos que le sirven de ministros, salten también el aro! Porque no nos cabe duda de que ese rey cuando veía luego a sus consejeros andar en cábalas y conjuras y concentraciones y negarse a saltar el aro o saltarlo al fin no dejaría de compararlos con los gorrinitos que le divertían en su casa de campo. Y si el pobre don Carlos de Braganza, el que tuvo que llamar a Juan Franco cuando ya era tarde—y esa desesperada medida le costó cara—decía de su reino que era una piojera—"isto é una pioheira"—el rey de nuestro relato podría decir del suyo que era una pocilga. Y una pocilga de circo.

¿Qué le diría al oído al joven rey domesticador de gorrinos el que le fué a hocicar con la jeta en la cara? Porque no nos cabe duda de que fué a darle algún recadito al oído. Y si, como el cortesano de la apretada sonrisa que le oyó el relato suponía era el alma de uno de los bisabuelos del rey, ¿qué podría decirle este bisabuelo?

UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

Boilga de ...



Y pasando de esta anécdota, que nuestro amigo jura y perjura que es rigurosamente histórica, a lo que hoy está pasando en nuestra España, todos esos políticos que van y vienen a Palacio y evacuan consultas y se avistan entre sí y andan remendando ministerios, ¿qué hacen sino lo que hacían los gorrinos del relato de nuestro amigo? Sólo lo que a cada gorrino le llega su San Martín.

La situación no tiene salida, lo que se llama salida. Es un callejón sin salida. Pero tiene rotura. Y se romperá. ¿Cuándo?

El nudo actual de la política española tiene, como el que ataba al yugo la lanza del carro de Gordio, Rey de Frigia, una solución y es la de Alejandro: cortarlo. Pero hay miedo de cortarlo antes que se firme la paz de esta guerra mundial y nos dejen al margen de los pueblos que quieren gobernarse por **el mismos para hacer historia**. Tienen miedo de cortarlo unos y otros, los que están de parte del régimen y los que están contra él. Todos ellos tienen miedo al Poder. No hay sino oírle a Lerroux, este revolucionario que tiene miedo a la revolución.

En realidad, lo que ocurre es que se espera que la revolución nos la traigan desde fuera. Aquí nadie tiene fe ni en nuestro pueblo ni cada uno en sí mismo. No hace mucho que la frase sacramental era esta: "¡aquí hace falta un hombre!" Y los que lo decían eran, al parecer, al menos, hombres. No; lo que aquí hacía y hace falta son hombres; que cada uno sea el que debe ser.

La ilustre teósofa Mrs. Annie Besant escribió en su Autobiografía esto: "Mucha gente desca el triunfo de alguna buena causa, pero muy pocos se esfuerzan en ayudarla y todavía menos arriesgan algo en su apoyo. "Alguien tiene que hacerlo; pero ¿por qué yo?" es la frase siempre repetida de una adhesión cobarde. "Alguien tiene que hacerlo; ¿por qué no yo?" es el grito de cualquier serio servidor del hombre que avanza a afrontar algún peligroso deber. Entre estas dos sentencias median siglos enteros de evolución moral."





¡Hermosas esas palabras de Mrs. Annie Besant! Y hoy aquí los políticos de nuestro círculo nacional dicen: "Si, alguien tendrá que hacerlo; pero ¿por qué he de ser yo?"

Y eso que alguien tendrá que hacerlo, si es que se quiere salvar a España, es declarar al pueblo que no cabe hacer nuestra revolución interior, nacional, española, sin unirnos a la revolución exterior, internacional, europea. Todo lo demás es esa miserable quisicosa que los germanófilos llaman renovación.

Para ahogar por de pronto y aparentemente al menos la revolución que se intentaba llevar a cabo con la huelga general de agosto bastó que el Gobierno hiciese correr la voz de que era una maniobra para arrastrar a España a la intervención—armada o no—de parte de las democracias aliadas en la guerra actual. Esta creencia fué la que decidió a la fuerza pública a ahogar la huelga pacífica de una manera violenta y desproporcionada, es decir, injusta.

Y aun en los partidos que llamamos de la extrema izquierda hay muchos que predicán el que hay que diferir nuestra revolución para después de acabada la guerra. Temen que si se hace antes, que si antes las cosas nos llevan a una revolución democrática para poder afianzarla y sostenerla tendríamos que apoyarnos en la revolución general europea. Muchos son los republicanos que saben que si hoy, mientras la guerra dura, se llegase de un modo o de otro a proclamar la República en España esta República, para sostenerse, tendría que declararse por los aliados. Ven el dilema que es: o sumarse, de un modo o de otro, con armas o sin ellas, a la guerra europea contra el imperialismo, o la guerra civil en casa! Y temen uno y otro miembro del dilema. Y creen que podemos seguir así, aguantando.

¿Y si se diera el caso—que no es absurdo—de una República reaccionaria o troglodítica o pretoriana? ¡La guerra civil también!



Solulga de

5-111 IV



Y en tanto nuestros gorrinos saltan el aro y alguno más osado arrima la jeta al oído del domador y le dice... ¿qué le dice allí en secreto?

El nudo gordiano no tiene otra solución, otra solución que cortarlo. ¿Dónde está Alejandro? (No nos referimos a Lerroux, por supuesto, sino al otro, al hijo de Filipo de Macedonia.) Pero esa rotura lleva consigo otra. El que quiera romper el nudo gordiano de nuestra crisis política tiene que acabar rompiendo con uno u otro grupo de beligerantes. Querer resolver nuestra crisis política actual, que es crisis de muerte o vida, manteniendo la neutralidad es un absurdo. Un absurdo que no puede mantener ni aun Maura, con toda la barroca retórica con que encubre la inconsistencia de su pensamiento hecho todo él de contradicciones íntimas.

MIGUEL DE UNAMUNO

(Prohibida la reproducción sin citar la procedencia.)



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES